

ALBORNOZ, Aurora de. *Un trozo menudo de tiempo. Poesía completa (1955-2006)*, ed. e intr. Begoña Camblor, Madrid, Torremozas, 2021, 376 pp.

La aparición de un volumen de poesía reunida es siempre un motivo de alegría. Pero aún lo es más si en él se presentan, además, dos obras inéditas y un generoso número de textos tanto inéditos como no recogidos anteriormente en libro. Y este es uno de los grandes aportes que ofrece *Un trozo menudo de tiempo*, la poesía completa de la asturiana Aurora de Albornoz. La edición, a cargo de la profesora Begoña Camblor, reúne los

siete poemarios de Albornoz: los publicados en vida —*Brazo de niebla* (1957), *Prosas de París* (1959), *Poemas para alcanzar un segundo* (1961), *En busca de esos niños en hilera* (1967) y *Palabras reunidas (1967-1977)* (1983)— y los de aparición póstuma —*Canciones de Guiomar* (1990) y *Al sur del sur* (1991)—.

Estos poemarios, que conforman la obra hasta ahora conocida de la autora, evidencian de manera clara su riqueza lírica y su compromiso con la palabra poética. Aurora de Albornoz, quizá una de las poetas más singulares de su generación, se inició en la poesía con el libro *Brazo de niebla* en 1957. El conocido «transtierro» de Albornoz en Puerto Rico se remonta a 1944, año en el que inicia sus estudios en la Universidad de Río Piedras. Allí, el apoyo de figuras como Pedro Salinas o Juan Ramón Jiménez resultará imprescindible para su formación intelectual. Se muda a Kansas en 1950 junto a su marido, Jorge Enjuto Bernal, y regresan a Puerto Rico en 1953. La escritura de la primero *plquette* *Brazo de niebla*, del año 1955, estará positivamente condicionada por la selección que realiza Jiménez de algunos de los textos de la autora. De esta *plquette*, compuesta únicamente por nueve poemas, Albornoz conservaría cinco de manera casi íntegra para su inserción en el libro de mismo título, *Brazo de niebla*, publicado por el Taller de Artes Gráficas de los Hermanos Bedia, en Santander, dos años después. De carices telúricos y elegíacos, los poemas, con un lenguaje sencillo y aparentemente ingenuo —pues no es sino la constatación de sus referentes modernistas—, aluden al anhelo de la naturaleza, a la importancia de la familia y de los amigos y al alcance del recuerdo asturiano desde el exilio.

*Prosas de París*, su segundo poemario, publicado en San Juan de Puerto Rico en 1959, aúna esos mismos temas con una tendencia al compromiso poético. Resulta curioso este proceso: Albornoz, a través del poema en prosa, realiza una exitosa fusión testimonial —a mi parecer bastante infrecuente— del llamado «realismo crítico», que vincula el yo lírico con el interés social colectivo, con escenas cotidianas, la atención en las realidades diarias y el extrañamiento ante el paso del tiempo.

Sin embargo, y de manera visible, es a partir de su segundo libro cuando se desprende de esa tendencia juanramoniana y machadiana y comienza a intuirse la adquisición de una voz verdaderamente genuina. Así, *Poemas para alcanzar un segundo*, publicado en la colección «Adonáis» en 1961, contiene un iluminador poema-prólogo que resulta clave en el cabal entendimiento del conjunto: «Y crecí / Y estoy sola / Y ya tengo treinta años / y no sé dónde estoy» (p. 104). Este poema, datado en noviembre de 1956 y por tanto paralelo a la escritura y revisión de *Brazo de niebla*, termina con una clara declaración: «Tal vez / por eso / tantas veces / intento recobrar a la niñita aquella / de los ojos azules / llenos de prados y campánulas //

Porque ya tengo treinta años» (p. 105). Las cinco secciones que estructuran el conjunto referencian los temas que se harán predominantes en sus libros posteriores: el paso del tiempo, el mundo de la infancia, la escritura autobiográfica, la muerte y la literatura.

Me gustaría resaltar el relieve que, a la luz de esta edición, adquiere el poemario *En busca de esos niños en hilera*, publicado en La Isla de los Ratones en 1967. Leído junto a *Prosas de París* y el inédito *España*, su dimensión es aún mayor. A pesar de estar centrado en la devastación causada por la guerra civil, se aleja de tópicos y logra una forma inédita: la voz poética de una mujer adulta vuelve sobre el pasado para advertir, desde la niñez, la pérdida de un mundo entonces idealizado. Pueden recordar a algunas de las prosas de *Los niños tontos* (1956), de Ana María Matute, y sorprende ver la dedicatoria del poema «Cuatro» de *Palabras reunidas* (1983). En este sentido, insisto, es realmente interesante contrastar la lectura con *España*, libro previsto para su publicación en la colección de poesía del Partido Comunista de España y presumiblemente escrito en 1963, fecha del poema-prólogo, dedicado a los niños: «Vosotros / los niños del pasado. / Los que lleváis costuras en la boca» (p. 293).

*Palabras reunidas (1967-1977)*, aparecido en 1983 en la colección «Endymion» de la editorial Ayuso, adquiere hondas notas meditativas sobre el paso del tiempo. El tono, de expresión medida y depurada, parece apuntar otras de las direcciones de esta poeta «ex-céntrica», como la definió Armando Díaz Quiñones. Hay en este libro una dialéctica entre palabra y silencio que sorprende, tal vez fruto de esa «realidad creada» surgida de la toma de conciencia entre la vida y la muerte. Veo líneas de fuga que trascienden, por mucho, los libros anteriores y que proyectan una mayor capacidad expresiva, y también comunicativa, de la palabra poética. Albornoz se aleja aquí de la dicción previa, y abre espacios a significantes que no explicitan lo dicho, sino que sugieren, y creo que esta es una de las características esenciales de su poesía: su permeabilidad. En palabras de la editora, «es sin duda esta permeabilidad la que justifica con creces el valor de la poesía de Albornoz», y la que resalta su voz literaria, «en la que conviven en armonía tradiciones que supondríamos excluyentes» (p. 16). *Palabras reunidas*, de significativo título, es un poemario que evidencia la proyección de la palabra más allá del lenguaje.

Anteriormente señalé la literatura como uno de los temas decisivos en la poética de Albornoz. En efecto, esta cuestión es advertible en todos sus libros, pero especialmente en *España*, donde escritores y artistas como Antonio Machado, José Luis Cano, Miguel de Unamuno, Leonci Quera, Federico García Lorca o Miguel Hernández se convierten en personajes líricos junto a la población anónima que sufrió las consecuencias de la guerra. Sin embargo, es aún más constatable en *Canciones de Guiomar* (1990),

donde la intertextualidad, la deconstrucción y lo lúdico intervienen en la conformación de un libro muy diferente en la trayectoria albornojana. El poemario, aparecido en Torremozas, toma la forma de un cuaderno enviado por la propia Guiomar a Zenobia Camprubí, en el que diferentes textos en prosa de considerable extensión ofrecen reflexiones sobre el amor, las relaciones personales, la memoria y el anhelo, a modo de reconstrucción de la historia de amor entre el poeta y su musa.

El último libro de la autora, aunque póstumo, *Al sur del sur*, publicado por el Ayuntamiento de San Roque en 1991, es una *plquette* de siete poemas en prosa, o bien bloques textuales, que rememoran diversos viajes por la provincia gaditana. Es interesante la relación con el poemario inédito *Pequeños poemas en prosa*, en los que la autora se detiene en la cotidianidad para trascenderla: «y se alzaré, completa y reluciente, hacia la luz» (p. 334). Finalmente, se ofrece una tercera sección con una serie de poemas aparecidos en revistas —*Cuadernos Hispanoamericanos*, *Caracola* o *Barcarola*—, en antologías o completamente inéditos. Estos dieciséis poemas, de carácter muy diverso, dan también razón del discurso creativo de Albornoz y revelan su capacidad poética.

Para terminar, me gustaría subrayar la importancia de esta edición. Los poemarios de Aurora de Albornoz, quizá eclipsados por su faceta de crítica y erudita, adquieren en este volumen nuevas dimensiones interpretativas. Es una verdadera noticia la publicación de *Un trozo menudo de tiempo*, que no es una antología sino una obra poética completa. De este modo, el conjunto de los libros de Albornoz, no excesivamente extenso, permite reflexionar sobre diferentes aspectos de su poesía: la incidencia del exilio, su experimentalismo literario, la evolución de sus temas recurrentes, su relación con la obra de los poetas de su generación o el diálogo de sus textos con la realidad política. Y, por supuesto, supone una visión panorámica, hasta ahora inédita, que recorre la trayectoria lírica de Albornoz.

Y finalizo admirando la labor de Begoña Cambolor, quien además de ofrecer una sintética y sólida introducción —«Aurora de Albornoz, del lado de acá» (pp. 7-25)—, recurre a un oportuno aparato crítico que no interrumpe la lectura y advierte de las variantes textuales más relevantes. De igual modo, su labor como investigadora le ha llevado a hallar dos poemarios inéditos, aportación nada desdeñable. Su compromiso con la autora es más que evidente: además de haberle dedicado su tesis doctoral —parcialmente reproducida en la monografía *Hacia todos los vientos, el legado creativo de Aurora de Albornoz* (Devenir, 2010)—, también ha abordado el estudio de su obra en numerosos trabajos de investigación, y ha compilado la primera bibliografía de y sobre ella. En esta ocasión, Cambolor acerca al público, tanto general como especializado, la obra completa de una

de las figuras más desconocidas y más interesantes de la poesía española contemporánea.

SERGIO FERNÁNDEZ MARTÍNEZ